

VILLAMIL Y BALLIVIÁN. LA PRIMERA NARRATIVA ARQUEOLÓGICA BOLIVIANA (1872) EN PERSPECTIVA

Villamil and Ballivian.
The first bolivian archaeological narrative (1872) in perspective

JUAN VILLANUEVA CRIALES
Universidad de Bonn / Fundación Alexander von Humboldt

Resumen

Este texto recorre la vida y obra de Emeterio Villamil de Rada y de Vicente Ballivián y Roxas, quienes emitieron, cerca de 1872, una tesis hiperautoctonista acerca del pasado prehispánico boliviano, postulando al sitio de Tiwanaku y al idioma aymara como origen de la humanidad. Se desarrollan los antecedentes del pensamiento colonial e ilustrado respecto a Tiwanaku y al origen de los americanos; se recogen los antecedentes biográficos de ambos autores, pertenecientes a familias y bandos políticos rivales durante la segunda mitad del siglo XIX, y se analizan los puntos resaltantes de la narrativa hiperautoctonista frente a las ideas precedentes. Posteriormente se pondera el impacto que tuvieron ambos autores sobre la intelectualidad boliviana de finales del siglo XIX, y la importancia de esta narrativa como un ingreso a la sociedad boliviana en dicho contexto histórico, marcado por la guerra del Pacífico. Finalmente, se postula a esta narrativa hiperautoctonista como la primera producida por autores locales, en una tensión entre una admiración por la Europa moderna y un patriotismo originado en las guerras de independencia y consolidación de la nación boliviana. Así, se reivindica el lugar de Villamil y Ballivián en una secuencia histórica del pensamiento arqueológico boliviano.

Abstract

This paper reviews the life and work of Emeterio Villamil de Rada and Vicente Ballivián y Roxas, who issued, around 1872, a hyper-autochthonist thesis about the Bolivian Pre-Hispanic past, positing the site of Tiwanaku and the Aymara language as starting points for humanity. The paper summarizes the antecedents of colonial and enlightened thought regarding Tiwanaku and the origin of the first Americans; it reveals the biographical background of both authors, belonging to rival families and

Recibido: 10/02/2022 - Aceptado: 06/11/2022
<https://doi.org/10.47101/llull.2022.45.91.villanueva>.

political factions during the second half of the 19th century; and it recognizes the highlights of the hyper-autochthonist narrative compared to previous ideas. Then, the paper ponders the impact that both authors had on the late-nineteenth-century Bolivian intellectual life, and the importance of this narrative as an entry into the Bolivian society of that historical moment, marked by the Pacific War. Finally, the hyper-autochthonist narrative is posited as the first one produced by local authors, amid a tension between an admiration for modern Europe and patriotism, originated in the wars of independence and consolidation of the Bolivian nation. The paper concludes by claiming a place for Villamil and Ballivián in a historical sequence of Bolivian archaeological thought.

Palabras clave: arqueología, filología, siglo XIX, Bolivia.

Key words: archaeology, philology, 19th century, Bolivia.

1. INTRODUCCIÓN

La historia del pensamiento arqueológico boliviano suele centrarse en las figuras de Arthur Posnansky (1873-1946), en la primera década del siglo XX, y de Carlos Ponce Sanginés (1925-2005) desde la revolución Nacional de 1952 hasta los años 1980 [ALBARRACÍN-JORDÁN, 2007]. Los primeros en construir una historia de la arqueología boliviana fueron, precisamente, los nacionalistas quienes, para reivindicarse como los únicos arqueólogos bolivianos, caracterizaron las épocas anteriores como dominadas por viajeros y académicos extranjeros [PONCE SANGINÉS, 2001 [1963], p. 11-66]. Sin embargo, aquí se sostiene que las narrativas arqueológicas bolivianas provienen ya de la segunda mitad del siglo XIX, explorando la vida y obra de Emeterio Villamil de Rada (1804-1880) y Vicente Ballivián y Roxas (1810-1891), dos intelectuales pertenecientes a la élite boliviana que emitieron independientemente, en 1872, una tesis hiperautoctonista para explicar al sitio arqueológico de Tiwanaku, en el altiplano lacustre boliviano, caracterizando por extensión a todo el periodo prehispánico. Dicha tesis consistió en elevar a Tiwanaku y al idioma aymara, considerado propio de las poblaciones que lo construyeron, a la consideración de origen de toda lengua y humanidad.

En el siglo XIX, pertenecer a una familia de élite en Bolivia implicaba admirar e imitar las tendencias e ideas que emanaban de una Europa considerada superior y más adelantada en términos de modernidad, civilización y desarrollo. Ballivián y Villamil, quienes estudiaron y vivieron largas temporadas en países europeos, no representan una excepción. En ese marco, resulta llamativo que ambos autores, a pesar de su erudición y admiración por la intelectualidad europea, hayan planteado una tesis que contradice, radicalmente, a algunos de los mayores exponentes de la ciencia antropológica de su época. Una respuesta posible se encuentra en el estado incipiente y fragmentado de las academias científicas en la Bolivia del siglo XIX: Villamil y Ballivián no pueden considerarse intelectuales 'a tiempo completo', sino que combinaron dicha actividad con otras tareas y preocupaciones.

La reflexión acerca de la fragmentación propia de la época de formación de las naciones sudamericanas, que ha sido instalada por Irina Podgorny a la hora de estudiar a la Comisión Médico-Quirúrgica Italiana en Bolivia, entre 1875 y 1877, apunta a que la historiografía de la arqueología para este período debe ‘tomar en serio’ las prácticas científicas [PODGORNY, 2010]. Esto, en el caso que estudiamos, implica entender no solamente las influencias intelectuales de los autores, sino la situación política, económica y familiar que enmarca sus obras. Un aspecto resaltante es que ambos autores hayan pertenecido a familias rivales insertas en las fricciones políticas de los años de 1830 a 1880. Esta era se denomina usualmente ‘caudillismo’, con el matiz de que, si bien los gobernantes eran mayormente militares y se hacían con el poder a la fuerza, su permanencia en el mismo dependía de una vida pública activa de los ciudadanos calificados para el voto [IRUROZQUI & PERALTA, 1998, p.174]. Es en esas complejas redes de actuación política donde los Villamil y Ballivián plantearon sus alianzas, lealtades y enemistades.

Este escrito comienza recorriendo los principales postulados intelectuales desarrollados acerca del origen de las culturas andinas prehispánicas, y especialmente de Tiwanaku, hasta 1870. Explora dos tradiciones: la colonial del siglo XVI-XVII, basada en premisas bíblicas; y la naturalista del siglo XIX, asentada en la ciencia moderna. Posteriormente, abarca los hechos políticos y familiares que afectaron a la vida intelectual de Villamil y Ballivián, y analiza las obras escritas por ambos autores en 1872, resaltando sus motivaciones, influencias, similitudes y diferencias con las tradiciones previamente esbozadas. Finalmente, recorre los últimos años de vida y el impacto de ambos autores, y ensaya algunas aproximaciones a lo que esta narrativa muestra sobre la sociedad boliviana de entonces y su lugar en la historia del pensamiento arqueológico boliviano.

2. IDEAS SOBRE TIWANAKU Y EL POBLAMIENTO DE AMÉRICA HASTA 1872

2.1. La tradición religiosa colonial (s. XVI-XVII)

En 1550 se llevó a cabo, instruido por el rey de España, un debate en Valladolid entre el erudito Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573) y el dominico Bartolomé de las Casas (1474-1566), acerca de la justicia de la conquista y la guerra contra los pobladores de las Indias Occidentales. No es este el lugar para recorrer el debate en detalle; basta decir que la popularización y eventual triunfo de la doctrina de Las Casas implicó un giro del pensamiento de la época hacia considerar a los indígenas americanos no como bestias ni esclavos por naturaleza, sino como seres humanos que podrían ser incorporados a la civilización cristiana en vez de destruidos [MAESTRE SÁNCHEZ, 2004, p. 134]. Este hito dio inicio a una profusión de trabajos que intentaron comprender la religión, tradiciones y pensamiento de las poblaciones indígenas americanas, una tendencia anticipada ya, en 1540, por las investigaciones pioneras del franciscano Bernardino de Sahagún (1499-1590) en Mesoamérica.

En el caso andino, y específicamente el de Tiwanaku, la primera referencia corresponde a *Suma y narración de los Incas* (1551), del explorador Juan de Betanzos (1510-1576). En ella se plantea un mito de origen que será repetido incesantemente en siglos siguientes: el de un

dios, a veces denominado Wiracocha, que crea todo en Tiwanaku, incluidas las personas de piedra con sus nombres y vestimentas, para distribuir las por el mundo [BETANZOS, 1968 [1551], p. 9]. La concepción de Tiwanaku como la ‘antigualla’ más vetusta de todo el Perú, anterior a los Incas que incluso la tomaron como modelo para sus construcciones; la idea de que la población local no guardaba memoria de los constructores de estos edificios, por ser estos muy anteriores; y la presencia antigua de hombres barbados o ‘gente de entendimiento’ en esos tiempos en la región del Titicaca, son temas planteados en *La Crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León (1520-1554) [CIEZA, 1946 [1553], p. 456]. Desde el momento en que estas ideas fueron repetidas por Pedro Sarmiento de Gamboa (1530-1592) o Garcilaso de la Vega (1503-1536), entre otros, Cieza se convirtió en el autor colonial más influyente acerca de Tiwanaku. Otros autores, como Juan Polo de Ondegardo (1500-1575) y el jesuita Joseph de Acosta (1540-1600), también expresaron su asombro ante la complejidad y tamaño de las piedras que componen los edificios de Tiwanaku.

Sin embargo, la *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590) de Acosta permite abordar otra consecuencia clave del debate de 1550, siempre dentro de una tradición centrada en los textos bíblicos. A partir del triunfo de la doctrina de Las Casas, los pensadores, especialmente eclesiásticos, comenzaron a aventurar hipótesis acerca del origen de las poblaciones americanas. La tesis de creacionismo monogenista contenida en el libro del Génesis obligaba a entender a los americanos como descendientes de Adán y Eva, y de los hijos de Noé tras el diluvio universal; la Biblia mencionaba claramente a los pueblos que descendían de Sem, Cam y Jafet y las regiones del viejo mundo que ocupaban, pero nada acerca de este nuevo mundo cuya humanidad debía ser incorporada a la narrativa bíblica. Esta idea está en la base de los primeros dichos sobre el tema, como aquellos emitidos por Acosta, para quien la divina escritura obliga a confesar que los americanos partieron de Europa, Asia o África, pues estos pobladores, presentes desde hacía muchos siglos, no podrían haber llegado en otra arca de Noé, “ni mucho menos que algún ángel trajese colgados por el cabello, como el profeta Abacuh, a los primeros pobladores deste mundo” [ACOSTA, 2008 [1590], p.281-282].

Sobre esa base incuestionable, corresponde al dominico Gregorio García (1556-1627) el tratado más extenso dedicado al tema: *Origen de los indios en el Nuevo Mundo e Indias Occidentales* (1607), donde se defiende que los pobladores de las actuales Américas no arribaron todos por la misma ruta, sino que procedían de diferentes naciones emanadas del arca de Noé [GARCÍA, 1729 [1607], p. 315]. Es aquí donde el sitio de Tiwanaku se inserta en la narrativa, al citar García la crónica de Cieza de León: Tiwanaku era un lugar de ‘grandes antiguallas’, interpretadas como una fortaleza, cuyas piedras enormes, pero gastadas y consumidas, invitan a preguntarse cómo y con qué herramientas fueron transportadas y erigidas, pero que sin duda fueron anteriores a los Incas. El autor asigna estos edificios a gente “que entonces florecía, no bárbara, ni de poco ingenio, animo, valor”, y refiere la idea local de que existieron en el lago Titicaca hombres barbados, interpretándolos como cartagineses, diestros en la navegación y constructores de grandes y ricos edificios [GARCÍA, 1729 [1607], p. 47-49]. El cronista indígena Felipe Guamán Poma de Ayala (ca. 1535-ca. 1615) también trató el tema en su *Primer Nueva Coronica y Buen Gobierno* (1615), donde denomina a los pobladores iniciales de la Indias, salidos del arca de Noé, como ‘españoles’. Estos primeros

indios, barbados como se puede ver en la ilustración correspondiente de la crónica, fueron llamados *Uariuiracocha runa*, descendientes de los *wiracochas* venidos desde el mar [GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993 [1615], p. 39]

La secuencia de autores coloniales que escribieron sobre el tema tiene otro exponente clave en el agustino Antonio de la Calancha (1548-1654) y su *Crónica Moralizada del Perú* (1638). La visión de Calancha implica una migración más homogénea que aquella propuesta por García: todos los pobladores de las Indias serían descendientes de tártaros, inclinados naturalmente a poblar y vencer distantes reinos, y por tanto de Jafet, el tercer hijo de Noé. Jafet, “el que se ha de dilatar o extender por el mundo”, toma el rol de protector de los Gentiles, que habrían habitado desde Tartaria y las costas Septentrionales hasta las Indias y el Perú. Para Calancha, estas poblaciones se habían podido desplazar tras el diluvio, cuando todo, desde Tartaria hasta Chile, era tierra continua [CALANCHA, 1638, p. 42-44].

El último cronista colonial que escribió acerca de Tiwanaku es el jesuita Bernabé Cobo (1582-1657), cuya *Historia del Nuevo Mundo* (1653) se desprende de los dogmas de la escritura sagrada para argumentar, a través de referencias orales y locales y de indicios como grandes osamentas, la existencia de gigantes antediluvianos en las tierras andinas, que podrían haber sido los constructores de Tiwanaku [COBO, 1964 [1653], p. 56, 196]. Resulta llamativo este retorno de la idea antediluviana, que se había descartado tajantemente medio siglo atrás [GARCÍA, 1729 [1607], p. 7]; sin embargo, cabe notar que Cobo escribe tras el fin de las guerras de religión en Europa, marcado por la firma de la Paz de Westfalia (1648). Desde entonces se inicia el declive progresivo del Imperio español y la autoridad de la Iglesia católica, como institución, en temáticas seculares mengua significativamente. Durante el siglo XVIII, a través del pensamiento ilustrado, la ciencia, como práctica de racionalidad y objetividad, se deshará de sus matices religiosos y se aliará al proyecto de los Estados-naciones modernos.

2.2. La tradición naturalista ilustrada (s. XIX)

Entendiblemente, el siglo XVIII vio escasa producción intelectual acerca de Tiwanaku, inserto como estaba el Imperio español en una convulsión mayor entre la guerra de Sucesión (1701-14) y las posteriores reformas borbónicas. Dichas reformas, implementadas en las colonias a partir de 1760, ocasionaron las décadas de rebelión que dieron forma a las repúblicas independientes en Sudamérica. En el caso de la actual Bolivia, el levantamiento de los aymaras encabezados por Túpac Katari y Bartolina Sisa, en 1781, y los alzamientos en las ciudades de La Plata y La Paz en 1809, dieron inicio a un proceso que culminó con la fundación de la República en 1825.

El interés europeo por Tiwanaku se renovó a finales de ese siglo XVIII, cuando el naturalista bohemio Thaddäus Haenke (1761-1817) realizó, entre 1794 y 1799, unos primeros bocetos de iconografía lítica [PROTZEN & NAIR, 2016, p. 26]. Sin embargo, el retorno de Tiwanaku a las narrativas sobre el pasado americano vino de la mano de un padre del naturalismo, Alexander von Humboldt (1769-1859), mediante una breve, pero significativa mención en su *Vues des Cordillères* [1810]. Las ideas de Humboldt se basan directamente en los testimonios de los cronistas coloniales, y especialmente en Cieza de León;

recoge la idea de Tiwanaku como centro de una antigua civilización preincaica en la América meridional, y sugiere que algún viajero instruido lo visite [HUMBOLDT, 1810, p. 199], tarea que él mismo, dedicado a la América septentrional, no pudo realizar. Similar es la anotación posterior del historiador estadounidense William H. Prescott (1796-1859), quien referencia extensamente a Garcilaso, Cieza, Sarmiento y Ondegardo [PRESCOTT, 1851 [1847], p. 7-8]. Ambos autores retomaron ideas de estos antiguos cronistas en lo referente a descripciones, aspectos técnicos y testimonios locales, pero desecharon los debates originados en el Génesis bíblico y las referencias al diluvio universal. Sin duda, las nociones de inspiración religiosa no tenían lugar en el naturalismo ilustrado que proponía la Europa moderna.

Pronto los exploradores comenzaron a describir e interpretar las ‘ruinas’ de Tiwanaku. El diplomático irlandés Joseph Barclay Pentland (1797-1893) recorrió el sitio entre 1826 y 1827; hizo énfasis en los mitos de origen que situaban el origen de los Incas en el Titicaca y en Tiwanaku y adscribió estas ruinas a “los primeros incas de la raza de Manco Cápac” [PENTLAND, 1975 [1826], p. 32-33]. El francés Alcide D’Orbigny (1802-1857), quien estuvo por Bolivia entre 1830 y 1833, describió el sitio en el tomo IV de su *Voyage dans l’Amérique Meridionale* [1844]: los frisos de la llamada ‘Puerta del Sol’ posicionaban a Tiwanaku como cuna del culto solar y la civilización incaica [D’ORBIGNY, 1844, p. 1536-1537]. D’Orbigny acudió al estudio de los cráneos humanos para detectar similitudes y diferencias de orden étnico y racial, detectando rasgos similares entre los cráneos de Tiwanaku y aquellos de los aymaras y quechuas contemporáneos, para argumentar que los aymaras serían ancestros de los Incas [D’ORBIGNY, 1844, p. 1540-1541]. Similares ideas sostiene Mariano Eduardo Rivero (1798-1857), discípulo de Humboldt y director del Museo Nacional de Lima, y el naturalista suizo Johann Jakob von Tschudi (1818-1859) en *Antigüedades Peruanas* [1851], donde definen craneométricamente tres razas: la de las poblaciones de la costa, la de los huancas en los valles y la de los aymaras en las alturas, asegurando que esta última sería la stirpe de los Incas o emperadores peruanos [RIVERO & TSCHUDI, 1851, p. 29].

Sin embargo, pronto comenzó a considerarse imposible que los ancestros de los aymaras hubiesen construido Tiwanaku, idea enraizada en el racismo de la época que concebía a los indígenas altiplánicos como atrasados y miserables. Francis de Castelnau (1810-1880) retomó la idea de que los monumentos de Tiwanaku jamás habrían sido terminados, para sugerir que pertenecieron a una civilización que desapareció sin dejar huellas [CASTELNAU, 1851 [1939], p. 56]; algunos cráneos excavados en Tiwanaku fueron analizados por el zoólogo Paul Gervais, para detectar que eran diferentes de los cráneos indígenas contemporáneos. Así, Castelnau esbozó la idea de que los constructores de Tiwanaku vendrían del Viejo Mundo, posiblemente, por similitudes constructivas, del antiguo Egipto; la suya es la primera hipótesis de aloctonismo extremo para Tiwanaku, dejando de lado a la tradición bíblica ya mencionada, que influirá en décadas siguientes en quienes, como Léonce Angrand (1808-1886), Paul Chalon (1849-1919) o el marqués de Nadaillac (1818-1904) adscribieron a Tiwanaku extravagantes orígenes egipcios o mesoamericanos.

A partir de 1860, los estudios filológicos adquirieron relevancia para las narrativas andinas, acusando la influencia de las investigaciones de Max Müller acerca del sánscrito y las lenguas

indo-europeas. El lenguaje andino inicialmente investigado fue el quechua, idioma del Imperio incaico, cuyos principios habían sido recogidos por Tschudi en *Die Kechua-Sprache* (1853). Por influencia de Müller, el argentino Vicente Fidel López (1815-1903) desarrolló la hipótesis de un origen asiático de la lengua y cultura quechuas a través de un continente, hoy desaparecido, en el Pacífico donde actualmente se halla Oceanía [LÓPEZ, 1866, p. 27, 36]. Sin embargo, la narrativa más depurada sobre Tiwanaku emergió de un autor que conjugó naturalismo y filología: el inglés Clements R. Markham (1830-1916), quien encabezó dos expediciones al Perú, una arqueológica-histórica y otra botánica. En *Contributions towards a Grammar and Vocabulary of Quichua* [1864] identifica al quechua, yunca, ccanqui y aymara como idiomas provenientes de un tronco común, siendo el quechua el más antiguo, representativo y perfecto de los idiomas americanos [MARKHAM, 1864, p. 2-3].

En 1871, siendo ya secretario honorario de la Royal Geographical Society, Clements R. Markham desarrolló más extensamente sus argumentos en *On the Geographical Positions of the Tribes Which Formed the Empire of the Incas, with an Appendix on the Name 'Aymara'*. Allí retoma una idea sugerida por Pentland: era extraño que el origen de las leyes y la civilización en Sudamérica hubiesen surgido del altiplano boliviano, región árida e improductiva. Para Markham, esta región, el Collao, no estaba adaptada para la vida civilizada sino para una raza de pastores belicosos, constructores de fortalezas rústicas y torres funerarias o *chullpas*. Así, los monumentos de Tiwanaku habían sido construidos por los antiguos Incas al recorrer la región, quizá conmemorando victorias sobre esos belicosos enemigos [MARKHAM, 1871 [1902], p. 79-80]. Siendo estudioso de la lengua quechua y amplio conocedor de los cronistas coloniales, estableció al idioma aymara como un dialecto áspero e inculto del quechua, desprovisto de palabras para expresar ideas abstractas indispensables para la vida civilizada [MARKHAM, 1871 [1902], p. 75-76]. De este modo, postuló acerca de los antiguos aymaras:

No hay motivo para creer que hubiesen sido nunca más que una raza de pastores bárbaros, antes de estar sometidos a la influencia humanitaria de sus conquistadores, sin que hubiera existido jamás forma alguna de civilización en la hoy del Titicaca, excepto la que fue introducida por los Incas [MARKHAM, 1871 [1902], p. 93].

Las tesis de López y Markham acerca del aymara/Tiwanaku motivaron en Villamil y Ballivián la construcción de una narrativa contestataria. En seguida se recorre la vida y obra de ambos autores.

3. BALLIVIÁN Y VILLAMIL: TRAYECTORIAS POLÍTICAS Y FAMILIARES

Vicente Ballivián fue parte de la primera generación nacida en Bolivia de su familia, originaria de Vizcaya y establecida en La Paz a mediados del siglo XVIII a través de Ramón Ballivián y su sobrino Jorge. Emparentados por matrimonio con los Segurola, aristocracia local, los Ballivián lucharon en el bando realista en los levantamientos de 1781 y 1809; a causa de ello, Jorge Ballivián fue asesinado en el alzamiento de 1814 [ARANZÁES, 1915, p. 94-96]. Su hijo José se convertiría en el más prominente de la familia, luchando del lado patriota e incorporándose al Ejército boliviano en 1825. José Ballivián fue edecán del presidente Andrés de Santa Cruz desde 1829, acompañándole en las batallas de Yanacochoa

(1835) y Socabaya (1836), que dieron inicio *de facto* a la Confederación Perú-Boliviana (1837-1839). Vicente, nacido en 1810, era a la vez tío en tercer grado y primo hermano de José Ballivián: era el primogénito de su hermana María Josefa y del segundo hijo de Ramón Ballivián, Manuel Primo. Además, había heredado de su bisabuela materna, Úrsula de Roxas, la hacienda y mayorazgo colonial de Cebollullo en los valles del sur de La Paz [RIVERO, 2012, p. 8], que posiblemente le proveyó de una economía holgada.

A diferencia de los Ballivián, los Villamil no eran aristocráticos, sino oriundos de Tacacoma, Larecaja, en los valles al oriente del Lago Titicaca. Ildefonso Villamil fue un empresario minero, dueño de labores auríferas en Tipuani [ARANZÁES, 1915, p. 784] que le otorgaron gran riqueza y notoriedad; la casa que construyó en la esquina de las calles Ingavi y Yanacocha, a solo dos puertas de la casa Ballivián, era considerada la mejor de la ciudad. Además, era un comerciante especialmente bien conectado con las élites limeñas [ROEL, 1832], e ingresó en política del lado de Santa Cruz, prestándole servicios en el debate parlamentario y como informante en las negociaciones que dieron forma a la Confederación. Además, su hija Mercedes estaba casada con un sobrino de Santa Cruz llamado José Peña [MÜCKE, 2017]. Emeterio nació en 1804, hijo mayor de Ildefonso Villamil e Isidora de Rada, fue el mayor de nueve hermanos, de los cuales se conoce principalmente a Laurencio, Mercedes, Romualdo, Santos y Pedro. Estudió en el Seminario de La Paz y, en 1826, partió a Europa con el etnólogo y lingüista inglés *lord* Behring, de quien no se han detectado registros o escritos. Según su principal biógrafo [ACOSTA, 1939 [1888], p. 39], estudió literatura y lingüística en Londres y recorrió Francia Italia, España, Bélgica y Austria. Comenzó a estudiar idiomas, llegando a dominar más de una veintena.¹

En 1828 Vicente Ballivián partió a Londres, acompañando al embajador boliviano, el periodista de origen aymara Vicente Pazos Kanki (1779-1853).² Estudió literatura y, en 1834, publicó *Claudio y Elena*, la primera novela boliviana [RACINE, 2015, p. 307]. Es probable que nuestros protagonistas se encontraran entonces; no eran muchos los bolivianos dedicados a los estudios literarios en Londres y Pazos Kanki, nacido en Ilabaya o Ananea, era paisano de los Villamil.

Emeterio Villamil retornó a La Paz, en 1832, para ser profesor del Seminario establecido en la ciudad, jurado de imprenta y diputado, y casó con la dama limeña Mercedes Castañeda, a quien abandonaría en 1842 [MÜCKE, 2017, p. 11]; en tanto, Vicente Ballivián prosiguió estudios en La Sorbonne, retornando a La Paz en 1838 [COSTA DE LA TORRE, 1977, p. V].

Para entonces, la Confederación Perú-Boliviana se debatía entre secesiones e invasiones; la derrota final de los confederados en Yungay, en 1839, trajo consigo la sublevación de dos ex aliados de Santa Cruz: José Ballivián y José Miguel de Velasco, quien logró ocupar la

-
1. La aseveración de que Emeterio Villamil dominó el latín y el griego a sus trece años [SOTOMAYOR, 1953, p. 105], parece algo exagerada.
 2. Pazos Kanki había vivido los avatares de la política argentina, siendo conocido por defender el republicanismo ante la propuesta monárquica constitucional de Belgrano. Partidario de Manuel Dorrego, fue expulsado por el Director Supremo, Mariano de Pueyrredón, pasando a Baltimore, Lisboa, Madrid, París y Londres [MARTÍNEZ & ROSSETTI, 2017, p. 1-27].

presidencia. Sin embargo, dos años después los ‘crucistas’ y los ‘ballivianistas’ se levantaron nuevamente, y solo se unieron bajo el mando de Ballivián para afrontar la batalla de Ingavi, que puso fin a las guerras entre Bolivia y el Perú. Pero si bien la narrativa oficial encumbró a Ballivián, ahora presidente, como un héroe [COLÁS, 2021], sus detractores lo acusaron de gobernar para un partido o clan [VILLAMIL, 1858]. Ciertamente, Vicente Ballivián, entonces ya casado con Josefa James, fue Cónsul en Tacna entre 1842 y 1844 [COSTA DE LA TORRE, 1977, p. V], pero su corto tiempo en el cargo habla de su desinterés por la vida pública: durante el resto de la década se dedicó más a lo que él llamaba su ‘inclinación natural’: el acopio de documentos históricos.

En tanto, en 1843 se acusó a los Peña, sobrinos de Santa Cruz, de conspirar para asesinar a Ballivián y promover una revolución financiada por Ildefonso Villamil [PLAZA DE SUCRE, 1843, p. 3-7]; la acusación permitió una purga de ‘crucistas’: Villamil y José Peña fueron condenados a muerte y a indemnizar los daños causados con sus bienes, por lo que huyeron a Lima. El diario del comerciante prusiano Heinrich Witt (1799-1892) presenta una mirada sobre los Villamil en el destierro: Ildefonso invirtió en la explotación de quina en el norte, que era atendida por sus hijos Emeterio y Laurencio [MÜCKE, 2017].

La situación dio otro vuelco en 1848, con dos alzamientos en contra de Ballivián: el incansable Velasco y un nuevo caudillo querido por las clases populares: el *Tata* Manuel Isidoro Belzu. Velasco tomó el poder, pero las fuerzas de Belzu le vencieron diez meses después en Yamparaéz, Chuquisaca. El ‘belcismo’, que reivindicaba la democracia contra la aristocracia [CABRERA, 1862, p. 7], desterró a los Ballivián: el expresidente se estableció en Valparaíso, mientras Vicente hacía lo propio en Arequipa. Su empresa intelectual fue la más perjudicada por las conspiraciones de su familia para retomar el poder: en 1849, el general Mariano Ballivián, hermano del expresidente, sobornó al batallón de Carabineros contra Belzu; el levantamiento fracasó y una reacción popular castigó a los ‘ballivianistas’ saqueando sus casas [ARANZÁES, 1915, p. 105]. Narra el propio Vicente:

Desgraciadamente, en uno de tantos trastornos, tan comunes en nuestras repúblicas, y siempre, se entiende, en nombre de la libertad, sufrimos el saqueo de nuestra casa, el 12 de marzo de 1849; y perdimos en él todo lo que habíamos reunido en varios años, con el tesón propio del coleccionista [BALLIVIÁN, 1872, p. VII-VIII].

Los años ‘belcistas’ fueron buenos con los Villamil: Ildefonso regresó a Bolivia para ser Prefecto de La Paz y senador, y sus hijos Romualdo, Laurencio y Pedro disfrutaron de éxitos políticos, empresariales y militares, respectivamente. Pero Emeterio, de 45 años, estaba atraído por la ‘fiebre del oro’ californiana. Puede que Ildefonso considerara demasiado arriesgado el proyecto de su hijo; ambos pelearon [MÜCKE, 2017, p. 42] y Emeterio inició su periplo: en California fundó un diario en cuatro idiomas que le produjo buenos ingresos, los cuales invirtió en traer casas de madera desde Nueva York, perdiendo todo en un incendio. Arruinado, pasó a México³ para fundar otro diario pero, en 1853, la dictadura de Santa Anna

3. Según algunas versiones improbables, Emeterio comenzó a desarrollar sus ideas sobre el aymara contemplando ruinas mayas o aztecas en México [SOTOMAYOR, 1953, p.107].

lo forzó a huir. Embarcó hacia Australia con un socio que murió al llegar, dejándolo solo y varado, trabajando como barrendero y jornalero, mientras su familia lo creía muerto [ARANZÁES, 1915, p. 787].

En cuanto a Vicente Ballivián, no tardó en retomar su tarea de acopio en la biblioteca de su amigo en Arequipa, el Doctor Córdova, aunque su correspondencia con José Ballivián muestra que estaba coordinando el envío de refuerzos desde Tacna para otra conspiración, en alianza con José María Linares, que también fracasó [COSTA DE LA TORRE, 1977, p. VI]. El expresidente, desalentado, partió al Brasil, donde moriría de fiebre amarilla a los 48 años, pero Linares, ahora secundado por el joven hijo de José Ballivián, Adolfo, estaba decidido a gastar su vida y su fortuna para tomar la presidencia: desgastó a Belzu mediante continuas rebeliones hasta obligarlo a convocar elecciones, que ganó su yerno, Jorge Córdova, en 1855. Fue con el gobierno de Córdova cuando Emeterio emprendió el regreso desde Australia [VILLAMIL, 1858, p.3], siendo nombrado Prefecto de Cochabamba, diputado y presidente del Congreso de 1857. Este momento, el de mayor influencia política para Emeterio, duró sumamente poco: ese mismo año las fuerzas linaristas derrotaron completamente al ejército.

Linares persiguió agresivamente a los opositores, entre ellos a Emeterio Villamil, quien escapó a Arequipa, donde publicó *Juicio a la Revolución Linares* [1858]; y *Manifiesto y Programa del Presidente Constitucional de Bolivia a la nación* [1858], firmado por Córdova pero que se atribuye a su pluma [ARANZÁES, 1915, p. 787]. Estos panfletos resaltan el carácter pacifista del gobierno de Córdova, contrapuesto a la violencia linarista [VILLAMIL, 1858, p. 73], y denuncian los abusos que sufrieron los Villamil [CÓRDOVA, 1858, p. 12-22]. La peligrosidad asignada a esta familia se evidencia en otro panfleto donde Romualdo se defiende de acusaciones acerca de una revolución organizada por 'los Villamiles' en Tacna [VILLAMIL, 1859, p. 6]. Casi al mismo tiempo que Emeterio Villamil huía a Arequipa, Vicente Ballivián retornaba de esa ciudad a La Paz, tras nueve años de exilio. Los Ballivián tuvieron tranquilidad durante la dictadura linarista, pero Vicente no asumió ningún cargo público, lo cual sugiere que su economía holgada le permitió continuar su tarea bibliográfica.

En enero de 1861, Linares fue derrocado por una conspiración encabezada por su Ministro de Guerra, José María Achá, y partió a Valparaíso muriendo en la miseria meses después. El liderazgo del linarismo, llamado desde entonces 'partido rojo', pasaría a Tomás Frías -casado con una prima de Vicente Ballivián- y Adolfo Ballivián. La Asamblea Constituyente de 1861 fue notable por su tolerancia hacia diferentes bandos; como diputado del partido 'belcista' estuvo presente Emeterio Villamil, retornado del Perú [ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE, 1862, p. 18]. Villamil fustigó a Linares y los 'rojos' en el Congreso y desde su periódico *La Bandera Tricolor*; luego se retiró a Tipuani para dedicarse a la explotación aurífera [ARANZÁES, 1915, p. 787]. Ballivián, en cambio, se alejó de la vida política y partió voluntariamente a Europa, siendo posiblemente su motivación mayor el buscar documentos sobre la historia del Alto Perú, que él sabía podría encontrar en bibliotecas inglesas y españolas [BALLIVIÁN, 1872, p. IX]. Vicente fue asistido por su joven hijo Manuel Vicente (1848-1921), que adquirió ahí su erudición histórica y geográfica sobre los Andes bolivianos y peruanos [RIVET, 1922, p. 279].

En 1864 otros dos caudillos se levantaron contra Achá: Belzu, retornado de su exilio, y Mariano Melgarejo, quien terminó venciendo. El asesinato de Belzu en ese momento, precedido por el de Córdova en las 'matanzas de Yáñez' de 1861, marcó el fin del partido donde militaba Villamil. Los 'rojos' también habían tenido desencuentros con Melgarejo y habían intentado combatirlo en La Paz, por lo que Adolfo Ballivián fue desterrado, trasladándose a Europa [BALLIVIÁN, 1865, p. 8-10]. No se esperaría que Melgarejo, célebre por su agresividad e inestabilidad, diese cabida a opositores como Emeterio Villamil y Vicente Ballivián en su Gobierno, pero así sucedió. Vicente regresó a Bolivia en 1868 para atender un litigio sobre su hacienda [MAS, 1868] y fue nombrado Ministro *ad-honorem* en Francia, donde residiría hasta 1875 [ARANZÁES, 1915, p. 106]. Ese mismo año, estando Emeterio en La Paz por el fallecimiento de su padre, recibió el cargo de Comisario demarcador de límites con el Imperio del Brasil [ACOSTA, 1939 [1888], p. 44], partiendo al oriente para delimitar la Bahía de Cáceres. Tras ello no retornaría a la vida pública, estableciéndose definitivamente en Río de Janeiro.

Melgarejo fue derrotado, en 1871, por fuerzas encabezadas por Agustín Morales, quien asumió la presidencia solo para ser asesinado por su edecán en el propio palacio [REYES ORTÍZ, 1872]. El Congreso estaba dominado por los 'rojos' a la cabeza de Baptista y Frías, quien asumió el mando interinamente, convocando a elecciones en 1872. Sin embargo, para entonces, nuestros protagonistas estaban lejos de Bolivia y habían comenzado a desarrollar la tesis hiperautoctonista, que analizamos a continuación.

4. LA TESIS HIPERAUTOCTONISTA DE 1872

4.1. El *Archivo Boliviano*

Como se puede comprobar, Vicente Ballivián se había dedicado a acopiar y catalogar documentos históricos desde la década de 1840. La destrucción de su biblioteca en 1849 había sido un golpe duro, al que se sobrepuso revisando más documentos durante su exilio en Perú, a su regreso a Bolivia y, desde 1861, en Europa. Se desconoce el momento preciso en que comenzó a desarrollar su idea autoctonista, pero, si seguimos los testimonios de su hijo, ya estaba interesado por el tema en 1868, cuando:

vimos en París al señor Villamil de Rada, y comunicámosle una serie de número del periódico, publicado en Londres y en francés, con el título de 'L'Internationale'. En este un viajero francés, cuyo nombre no conservamos, publicó una disertación o estudio sobre la primitividad y remota antigüedad de la lengua aymara, como afín y hermana del sánscrito y otros idiomas [BALLIVIÁN, 1902, p. 21].

No se ha podido localizar el artículo ni el autor aludido; la referencia no fue consignada en el catálogo publicado por Vicente Ballivián, ni en las obras de Manuel Vicente. Ningún periódico semejante fue mencionado tampoco por Villamil, quien en aquel momento de su vida no parece aún muy interesado por la lengua aymara. Sin embargo, el catálogo consigna a tres autores ya referidos, cuyos trabajos podrían haber disparado la curiosidad de Ballivián por la temática filológica: *Die Kechua-Sprache* de Tschudi; *Contributions towards a Grammar and Vocabulary of Quichua* de Markham; y la obra de Vicente Fidel López, incluida en una

entrada general de la *Revista de Buenos Aires*, donde el argentino había dedicado tres textos al tema filológico, y su libro *Les Races Aryennes du Pérou* (1872).

Vicente Ballivián publicó, ese mismo año de 1872, en París, el primer tomo del *Archivo Boliviano: Colección de Documentos relativos a la Historia de Bolivia, durante la época colonial*. El grueso volumen posee más de 500 páginas, pero solamente siete, escritas a manera de prólogo, condensan el pensamiento de Vicente, definitivamente poco afecto a escribir. Para comenzar, divide la historia boliviana en cuatro etapas: la anterior a la conquista española; la conquista; el coloniaje; la guerra de la Independencia; y la República [BALLIVIÁN, 1872, p. VII]. En ese sentido, Ballivián es el primer intelectual boliviano que admite el tiempo prehispánico como parte de la historia nacional; el autor discrepa con el primer historiador boliviano, Manuel José Cortés (1815-1865), para quien la historia boliviana empezaba con la Independencia porque “la esclavitud no tiene historia” [ROMERO, 2014, p. 5]. Ballivián quiso escribir sobre las tres primeras épocas, pero reconoció que la búsqueda de documentos requiere invertir mucho tiempo en bibliotecas europeas, “cosas todas que exigen la vida de un hombre, en el vigor de la juventud, de que ya estamos distantes; ni nos hallamos con los medios para tal empresa” [BALLIVIÁN, 1872, p. IX]. Por tanto, su objetivo fue facilitar la consulta de nuevos investigadores mediante un catálogo y publicando gradualmente los documentos inéditos en su poder.

El *Archivo Boliviano* fue pensado como una obra en entregas sucesivas y, en el primer tomo, Ballivián publicó el *Diario del Brigadier José Sebastián de Segurola*, su abuelo, durante el sitio de La Paz (1781-1782); y los *Anales de la Villa de Potosí* desde su fundación hasta 1702. En cuanto al catálogo, lista 157 manuscritos que tienen relación “con el Alto Perú hoy Bolivia”, ordenados en veinte categorías. La mayor parte de ellas son geográficas, incluyendo a los Virreynatos del Perú y Buenos Aires; los departamentos peruanos de Arequipa, Arica, Cuzco, Moquegua y Puno; y los bolivianos de Chuquisaca, Cochabamba, Oruro, La Paz, Potosí, Santa Cruz y Tarija, además del Litoral del Pacífico y el Gran Chaco. Otras categorías son temáticas, incluyendo al aymara como idioma; los límites entre posesiones españolas y portuguesas; documentos sobre José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru; y las vías de comunicación.

El catálogo consigna, además, 321 obras publicadas, ordenadas alfabéticamente por autor. La lista permite observar que Ballivián estaba familiarizado con las ideas coloniales resumidas en la primera sección de este texto: consigna los trabajos de Las Casas y Sepúlveda; las crónicas y descripciones de Cieza de León y Garcilaso de la Vega; y también las discusiones creacionistas acerca del origen de los americanos en Acosta y Calancha; cabe notar que, en el siglo XIX, experimentó un auge la reimpresión de los manuscritos coloniales. De los autores ilustrados, lista a Humboldt, Prescott, Castelnau, Rivero y Tschudi, además de los ya mencionados escritos filológico-lingüísticos de Tschudi, Markham y López, así como a sus predecesores en Bolivia: Pazos Kanki, Cortés y el geógrafo José María Dalence (1785-1852). En cuanto a gramáticas, vocabularios y traducciones en lenguas originarias, Ballivián consigna toda la obra de compilación del aymara del jesuita Ludovico Bertonio (1557-1625) y trabajos relativos al quechua de Domingo de Santo Tomás, Oré, Torres Rubio y Pazos Kanki. La amplitud y orden

de este catálogo motivaron que Vicente Ballivián sea reconocido como pionero de la 'acumulación' de documentos coloniales en Bolivia, antecedendo e inspirando a bibliógrafos posteriores como Rosendo Gutiérrez (1840-1883), Gabriel René Moreno (1836-1908) o Nicolás Acosta (1844-1893) [COSTA DE LA TORRE, 1977, p. II; OPORTO, 2012, p. 63].

En su corta introducción, Ballivián apunta tres estudios de importancia sobre las etapas anterior a la conquista, conquista y coloniaje: primero, redactar una historia del derecho de propiedad de la tierra en tiempos coloniales; segundo, comparar la legislación española de Indias con la incaica, tema en cuyo tratamiento Ballivián ingresa en terreno controvertido, hipotetizando que instituciones tiránicas incaicas como la mita fueron solo continuadas y, de hecho, 'humanizadas' por las leyes españolas [BALLIVIÁN, 1872, p. XII]. Estos guiños 'hispanófilos', explicables por su historia familiar, llevaron a autores, como Moreno, a sugerir que Ballivián fue el verdadero autor de las *Memorias Históricas de la revolución política del día 16 de julio de 1809 en la ciudad de La Paz*, un texto de fuerte tono realista, suscrito por Tomás Cotera en 1840 [COSTA DE LA TORRE, 1977, p. VII-VIII], aseveración improbable. Lo cierto es que Vicente sentía admiración por la Europa de su juventud y madurez, y quizá más por las instituciones y adelantos ingleses que por España:

cuando las pasiones y odios de la época presente hayan dejado de existir, y se haya constituido la verdadera República, con el *self-government*, sistema, que por ahora, parece de difícil aclimatación entre las razas latinas, a menos que las mayores facilidades de comunicación, por medio del vapor, no vengan a modificar su índole personal, como lo esperamos [BALLIVIÁN, 1872, p. XIII-XIV].

En ese marco, toma aún mayor significado el tercer tema de investigación que propone Vicente Ballivián:

el estudio comparado del Aymará, que es la lengua general de Bolivia, con el Quichua y el Sanscrito, raíz de todas las lenguas arianas. En lo poco que nos hemos ocupado de tal materia, hemos quedado sorprendidos de la riqueza de esta lengua para todos los usos comunes de la vida, y los objetos y fenómenos de la naturaleza, así como de su construcción gramatical, una de las más filosóficas que conocemos. Creemos, que ese estudio conduciría naturalmente a la deducción de que el Aymará es la lengua madre del Quichua, que se enriqueció después, tomando voces de los demás pueblos sojuzgados. Esto nos conduciría naturalmente a otra deducción precisa; a saber, que la civilización incásica no fue sino una evolución posterior de la civilización general Andina, como lo prueban fuera de duda las ruinas de Tiaguanaco, y otras de la misma especie, anteriores a la llegada de los Incas, y colocadas en el territorio de los aymarás [BALLIVIÁN, 1872, p. XII-XIII]

Mediante este párrafo, Ballivián se distancia de las vertientes intelectuales resumidas líneas arriba. Por un lado, evita cualquier consideración o discusión originada en el Génesis y las narrativas del Diluvio, a pesar de que conoce las obras más representativas de esta discusión. Su postura es la de un pensador moderno que discute, aún sin referencias explícitas, las ideas de López y de Markham, posicionándose en contra: el aymara sería la lengua madre del quechua y podría, entonces, ser el tronco que conecte las lenguas americanas con el sánscrito. El párrafo plantea también una ligazón entre el sitio arqueológico de Tiwanaku, los aymarás como pueblo pretérito y la lengua aymara, entendida como 'lengua general' de Bolivia. La idea del origen aymara de Tiwanaku y de los Incas no es para nada nueva, como se advierte en la recopilación previa, pero la lengua aymara como 'puente' entre los monumentos

arqueológicos y la nación boliviana, junto con la inclusión de la época prehispánica como parte de la historia nacional, delatan una forma nueva y distinta de pensar el pasado boliviano.

4.2. La Lengua de Adán y El Hombre de Tiaguanaco

En cuanto a Villamil, sus motivaciones e influencias para comenzar a escribir sobre filología aymara son explícitas gracias a alguna correspondencia publicada años más tarde. En una carta dirigida al Emperador del Brasil, indica:

Con fecha 5 de agosto de 1871, se dio en un periódico inglés la relación de la Imperial visita de V.M. a la 'Real Sociedad Geográfica de Londres'. Con tal motivo y en obsequio y homenaje a V.M. leyó Mr. Markham una luminosa disertación 'Sobre la civilización de los Incas'. La incisiva impresión que su contenido me causó, determinó mis investigaciones y los trabajos que condujeron al referido descubrimiento de la lengua primitiva [VILLAMIL, 1876, p. 6].

No se han encontrado disertaciones de Markham con ese título, pero es probable que Villamil se haya referido al ya citado libro de 1871. Mucho más que el misterioso artículo de *L'Internationale*, es la tesis del aymara como un dialecto bárbaro e inculto del quechua la que parece haber motivado a Villamil a escribir sobre el tema. En cualquier caso, la historia del libro de Villamil es más tortuosa que la del de Ballivián: en 1872, Emeterio regresó de Río de Janeiro a La Paz para disputar temas de herencia con sus hermanos [MÜCKE, 2017, p. 42]; entonces, entregó al Ministro de Instrucción de Frías, el escritor Nataniel Aguirre (1843-88), el manuscrito titulado *La Lengua de Adán y El Hombre de Tiaguanaco*, compuesto por índices de obras que el autor planeaba escribir y una extensa explicación, además de tablas de comparación filológica. Según el autor, no era una obra para publicación, sino un bosquejo destinado a provocar investigaciones [VILLAMIL, 1876, p. 1]. Probablemente Villamil, cuya situación económica empezaba a ser difícil, buscaba mecenazgo gubernamental, pero el Estado boliviano no estaba en buenas condiciones económicas. Además, Villamil había sido un tenaz adversario de los 'rojos', fustigando a Linares y al ahora presidente Frías, que quizá no le guardaba aprecio. El manuscrito fue olvidado en los archivos del palacio y sólo se publicaría en la década de 1880.

Para ingresar en la tesis de Villamil es importante considerar su particular postura acerca de la ciencia y la religión. El autor es crítico del materialismo y de todas las ideas que emergían a partir de la teoría de la evolución por selección natural de Charles Darwin: "La ciencia de hoy, mata, toda poesía. Ciencia de materia, todo lo materializa. Lo táctil y sensorial es su real. Carece de ideal. Contemplando sólo fuerzas, extirpa la imaginación, y esteriliza el sentimiento" [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 133]. El materialismo, "yerto y estéril" para Villamil, degrada al hombre a la filiación salvaje o animal, conduciéndolo a un ateísmo lúgubre, horrible y desquiciador [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 153]. La aplicación de este materialismo al estudio del origen de la lengua es duramente cuestionada:

las fantásticas o arbitrarias hipótesis de inexpertas temeridades del siglo pasado, tan ficticia como la del exordial hombre bruto y salvaje; tan absurda como la del origen de las lenguas en interjecciones, en imitación de gritos y vocerío de animales, convertidos en maestros de lingüística, o en la onomatopeya del remedo mecánico de brutos sonidos y estrépitos de la naturaleza [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 105]

A las posiciones materialistas, Villamil opone una “certidumbre de tradición” y de lógica de la historia, rescatada directamente del libro bíblico de la Sabiduría. La lengua es percibida como un don divino: “Sólo ella resguardó al padre del género humano en el aislamiento de su creación, y le dio la virtud de contener o comprender todo” [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 130]. Así, para Villamil, la lengua que pronunciaron los primeros seres humanos enunciaba ideas abstractas y universales que les eran, incluso, anteriores; la lengua entonces es nada menos que la demostración científica, no material ni sensible, sino espiritual y lógica, de la existencia de dios. Villamil sostiene que su tesis proviene de un procedimiento de revelación o ‘descubrimiento’ ascendente basado en la convicción y la fe [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 133-135] y su escrito asume, en ciertos pasajes, tintes casi místicos:

La palabra viva, que así me patentiza al espíritu y la mente, cimenta en mi convicción la evidencia que aún me faltaba para completar mi vida. Por bien invertida la doy en haber buscado a Dios en la Historia. Me faltaba su clara demostración. Y sólo hoy, por la lengua y su clamor de la idea inherente en ella, encuentro por órgano del hombre y la palabra, a Dios en pensamiento y en acción providencial en la historia. Me basta [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 93]

A partir de este posicionamiento, Villamil nada a contracorriente de la tradición naturalista y del avance de las ciencias biológicas para explicar el origen humano. Del mismo modo, ingresando a los pormenores de su tesis, asume el carácter rupturista de la misma aún al interior de los estudios filológicos:

Ataca ella, sin quererlo, todo el *statu quo* y las posesiones de la ciencia, de la historia, de la antropología y de la lingüística y arqueología. No sólo las invade y perturba en sus fundamentos, sino que subvierte sus antiguas fortalezas y destruye sus posiciones [] Se desvirtuarán algunos sistemas, se disiparán varias predilecciones; muchos ídolos caerán de sus aras: el 1º. el Sánscrito, reputado antes fuente de las lenguas; el 2º. el de la veneración de la India cual la madre o centro del Ayrano y del Europeo o del Indogermanismo; el 3º. el de todo el actual sistema etnológico y antropológico, edificado sobre esa convencional base [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 57-58].

Villamil discrepa de las ideas de López, indicando que “en diez minutos de lectura de este papel estará destruido sobre su hipótesis de proceder los Quichuas Peruanos y su lengua de los Aryanos de Asia” [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 58]. Recoge una idea planteada medio siglo antes por Hegel, y luego por filólogos como Bopp, Grimen o Müller: el sánscrito no sería la lengua generadora del griego, sino que ambas procederían de una incógnita fuente común [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 83, 93]. A partir de esta idea, Villamil retoma los argumentos del Génesis bíblico y, en este sentido, comulga con los autores coloniales, aunque no los cite explícitamente.

Así, Villamil lleva adelante una particular mezcla de creacionismo bíblico y filología comparada. Considera al Génesis como una fuente de verdad, de elevadas doctrinas y dogmas divinos que proceden de tiempos ‘primitivos y virginales’ [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 131], y persigue una reconstitución del Génesis; argumenta que la redacción mosaica de este libro se basa en una verdad, cuyos registros fueron dislocados por el paso del tiempo y las peregrinaciones; su reconstitución consiste en coordinar esta historia con una ‘clave’ descubierta en la “pura lengua Edénica” [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 57], la lengua aymara, fuente de todas las demás o “madre de las naciones”. Para demostrarlo interpreta los nombres de la “primera familia humana” en aymara: Eva procedería de *hiwa*, lo bello; Caín de *hacaina*,

el viviente; Abel de *hiwala*, el precioso; Seth de *sataña*, sembrar o fructificar. En cuanto a Adán, procedería de *antam*, término que ninguna lengua explica ni define, pero que está ligada con los Andes y especialmente con el nevado Illampu, el “domicilio Adánico” [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 94]. Además, la primacía del aymara era notoria en su carácter:

hoy se descubre, las leyes lógicas del modo y fases de enunciación del espíritu humano, sólo en la simplicidad y consistencia, en la estabilidad y simetrías de Aymará, en su organismo, se funda la ciencia de la Lengua. De allí la universalidad del Aymará. La proclaman y avisan las demás lenguas. Oigámoslas. En cuanto a su inmutabilidad, testigos de ella son los Andes en todos sus viejos nombres [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 85].

La simplicidad, argumento que esgrime Markham para sostener al aymara como dialecto inculco del quechua, es reconvertida por Villamil en un argumento a favor de su ‘exordial’ primacía. A partir de ahí, y siguiendo un método de comparación filológica similar al de López, dedica abundantes páginas a demostrar la primacía lingüística del aymara mediante derivaciones de las raíces del idioma altiplánico hacia términos de lenguas mesoamericanas, asiáticas y europeas. Como ejemplo, del aymara *antam* alusivo a la región andina derivarían *ataman* en sánscrito, *Adam* en hebreo, *anthropos* en griego y *antium* en latín [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 94]. En medio de este tipo de ejemplos, que forman el grueso del texto, aparece la arqueología mediante la frase sánscrita *Devapragaya*, que derivaría de *Ti aparaka ya*, procedente de *Ti*, raíz que significando ‘dios’ formaba parte de *Ti wan áca*, ‘de Dios es esto’ o *Diospolis*, interpretación final de Tiwanaku [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 138].

Sin embargo, el rol de Tiwanaku en la tesis de Villamil va más allá de lo etimológico. Uno de sus argumentos consiste en llamar

por testigo al Tiahuanaco y sus monumentos, anteriores en su aspecto y mente a la existencia y población de la India, cuyas obras y monumentos, reproducidos de aquel modelo y en análogas excavaciones en la roca, demuestran más moderna a esta en su corte y apariencia, y jamás de tan decrepita vetustez como la carcomida roca de aquella primitiva y solemne capital Andina [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 57-58].

Tiwanaku sería, desde lo apreciable en sus monumentos, lo más antiguo construido en el mundo y el programa de publicación de Villamil, que nunca pudo completar, planteaba combinar estas ideas con nociones provenientes de las ciencias naturales y geográficas. En el índice de *El Hombre de Tiaguanaco, o sea de la primitiva América, y del exordial domicilio del hombre*, esperaba presentar pruebas geológicas, zoológicas, etnológicas, morales, sociales e históricas de su ‘exordial primitividad’ [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 53]. Buscaba probar que la raza y civilización andinas eran autóctonas, y que los Andes habían dado forma a una sociedad sedentaria y civilizada, nunca nómada ni silvestre [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 51]; programaba examinar la lengua aymara para descubrirla esencialmente local en relación con la topografía.

Más importante, planeaba ampliar el argumento lingüístico a la arqueología: así como los radicales aymaros estaban presentes en todas las lenguas del Globo, desde Tiwanaku irradiaba el arte monumental hacia todo el mundo: por un lado, a Pachacamac, Trujillo, Manta, Guayaquil y Quito; Guatemala, Nicaragua, Copán y Palenque; México, Cholula y Norteamérica hasta el Atlántico. Por otro, a las islas del Pacífico, Siam, la India, el Himalaya,

Persia, Mesopotamia, Arabia, Egipto, Grecia, Italia, Iberia y Germania [VILLAMIL, 1939 [1888], pp. 52-53]. Villamil esperaba demostrar que América era el verdadero ‘Viejo Mundo’; en ese sentido, puede entenderse como un precursor del autoctonismo americano que precedió, en algunos años, al ítalo-argentino Florentino Ameghino (1853-1911) cuyo texto *La Antigüedad del Hombre en el Plata* se publicó en 1880. Las diferencias están en que la obra de Villamil solo se publicó años después, y que eligió perseguir un argumento filológico-religioso, a diferencia del carácter más ‘naturalista’ de Ameghino.

Desde el costado político, Villamil planteó algo similar a Ballivián, aunque con mayor amplitud y desarrollo: asimiló población, lengua y monumentos antiguos. Postuló al aymara como origen del sánscrito y de las lenguas indo-europeas, del mismo modo que Tiwanaku era el origen poblacional y civilizatorio. Finalmente, posicionó a la lengua como conector entre la antigua civilización y la moderna nación:

colocar al Aymará, como lo dejo colocado, cual *el Antico y Primitivo*, o más antiguo, noble fecundo idioma en la cúspide de la pirámide lingüística, y al país de su origen y conservación, en el puesto y dignidad del teatro de la divina acción é idea creadora del hombre [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 93]

Y aquella tierra que primitivamente se llama ‘la región celeste’, y su capital, sinónimo de Diospolis, ‘de Dios es esto’, es la misma que, del nombre de un héroe se titula hoy Bolivia.⁴ Allí el Edén del primer hombre. Allí la grandiosa y gigantesca realidad del Olimpo mitológico. Allí, conservada entre las precautorias é insuperables barreras de los Andes, la raza y lengua primordial, en inextirpable seguridad y documento del exordial origen del hombre [VILLAMIL, 1939 [1888], p. 94]

Finalmente, si en Ballivián resalta un tono eurocéntrico y neocolonialista, de Villamil podría esperarse que, perteneciendo a un bando político más afín a las clases populares que el elitista ‘ballivianismo’, presentase una mirada más favorable hacia estos sectores sociales. Sin embargo, este no es el caso: para Villamil, Bolivia era un problema cuya solución debía provenir de la cultura y civilización europeas [OTERO, 1939, p. 5]. El siguiente pasaje se extrae del artículo *Bases de Constitución* (1861), publicado por Villamil en *La Bandera Tricolor*:

Séame permitido enumerar el testimonio de lo que he visto, palpado y analizado sobre la materia. En Francia y en Inglaterra, en Bélgica y en Suiza, en los Estados Unidos y en la Australia he asistido a escenas del movimiento eleccionario o participado en ellas. La identidad de lengua, de raza y habitantes, la cultura anchamente diseminada, la conciencia política, concretada y formulada por el órgano de los periódicos que aun en las cabañas y campos se leen y discuten, el predominio de la industria y moralidad, y la universal infiltración de elementos civilizadores, forman el conjunto de causas que influyen en la realidad, de que, en esos afortunados países sean aptas las mayorías para el ejercicio inteligente y eficaz de la ciudadanía y para el uso del sufragio directo que ensalza a las cámaras una brillante constelación de luces, de probidad y de calidades políticas. No es extraño que en tales países sea la representación un fecundo centro de poder y de bien y provecho comunal.

Mas entre nosotros que sin poseer las mismas condiciones, ocurren fenómenos harto diversos [] He presenciado con desdén y angustia, que, por electores incivilizados, se lanzan a la legislatura héroes de aldea que ridiculizan y anulan la representación, demagogos o intrigantes activos que cuando no perturban se venden, y por fin campesinos y notabilidades de provincia, que así componen leyes, como expresan en sí, una sátira viviente y amarga de la democracia [ACOSTA, 1939 [1888], p. 43].

4. El ‘héroe’ al que se refiere Villamil es Simón Bolívar, de cuyo apellido deriva el nombre del país: Bolivia.

5. AÑOS FINALES E IMPACTO DE LA TESIS HIPERAUTOCTONISTA

Mientras esta narrativa tomaba forma entre Francia y Brasil, en Bolivia las elecciones de 1873 daban por ganador a Adolfo Ballivián, retornando el clan 'rojo' al poder; sin embargo, aquejado de un probable cáncer estomacal, el presidente entregó el poder a Tomás Frías en 1874, falleciendo poco después; Frías se dispuso a continuar la gestión presidencial, pero Casimiro Corral, caudillo derrotado en la elección, supo levantar a los artesanos y clases populares contra el elitismo 'rojo'. En 1875 sus partidarios atacaron el Palacio de Gobierno; en el incendio, el Oficial Mayor, el historiador Jenaro Sanginés (1843-1913), logró rescatar algunos documentos de los archivos, entre ellos *La lengua de Adán* [OTERO, 1939, p. 17]. Meses después, Manuel Vicente Ballivián fue nombrado secretario de Frías y la familia regresó de París a La Paz. Se refiere entonces un triste episodio de la vida de su padre, Vicente: al regresar con ansias de editar nuevos tomos del *Archivo Boliviano*, con los documentos acopiados ahí, encontró que su casa había sido asaltada y los documentos destruidos [POSNANSKY, 1922, p. 4; RIVET, 1922, p. 279]. El Palacio Quemado no había sido el único objetivo de los 'corralistas': Vicente, a pesar de haberse distanciado de la política, seguía siendo un Ballivián, y por tanto un 'rojo'.

Mientras el Ministro de Guerra, Hilarión Daza, derrocaba a Frías en 1876, el empresario y explorador cruceño Miguel Suárez Arana (1834-1893), fundador de la Sociedad Geográfica de Santa Cruz, intentaba hacer propaganda a favor de su amigo Emeterio Villamil. Publicó en su nombre *De La Primitividad Americana* (1876), una colección de documentos que inicia con una carta de Villamil; este se muestra interesado en instalar una imprenta para promover el proyecto más anhelado por Suárez: abrir caminos desde Santa Cruz hacia el Oriente y un puerto sobre el río Paraguay, para alcanzar el Atlántico a través del Plata [VILLAMIL, 1876, p. 3]. Sin embargo, acerca de sus escritos, Emeterio pensaba que su publicación prematura comprometería la solidez del trabajo, y había pedido a sus amigos que recogieran su manuscrito [VILLAMIL, 1876, p. 1]. Villamil quería que su trabajo fuese revisado y patrocinado: en 1872 pidió el mecenazgo del Emperador Pedro II del Brasil [VILLAMIL, 1876, p. 5-8]; en 1874 logró que José María de Amaral lo recomiende ante su hermano, el barón de Cabo Frío, Director de Negocios Extranjeros del Brasil; en 1875 solicitó al barón da Ponte Ribeiro una recomendación ante el Presidente peruano, Mariano Ignacio Prado [VILLAMIL, 1876, p. 22-26]. Decía tener diez tomos listos para prensa y dos en preparación. Sin embargo, ninguna de sus gestiones encontró el entusiasmo de los Gobiernos boliviano, brasileño ni peruano.

En 1879, la invasión chilena de Atacama dio inicio a la guerra del Pacífico (1879-1883) y Daza fue fustigado como el culpable de la debacle boliviana; fue derrocado en 1880 y la Convención Nacional aclamó a Narciso Campero como Presidente. La Convención sentó las bases de una nueva etapa: la era de los caudillos militares finalizó del peor modo posible y nació el 'estado oligárquico'; desde entonces, los empresarios mineros, hacendados y comerciantes harían política [KLEIN, 1982, p. 164-165]. Aunque muchos integrantes de la Convención habían militado en el partido 'rojo' [ANÓNIMO, 1880], 1880 inició el

reordenamiento de fuerzas en los partidos conservador y liberal, que gobernarían el país durante las siguientes cuatro décadas. Mariano Baptista, el ideólogo conservador, vinculado a Linares, Frías y Ballivián, plantea un nexo entre los ‘rojos’ y este nuevo partido. Los conservadores gobernarían durante 20 años continuos hasta la Guerra Federal (1899), que dio inicio a otros 20 años de dominio liberal.

Pero nada de esto interesó ya a los protagonistas de esta historia. En 1880, enfermo y arruinado, sin haber recibido respuestas a sus gestiones, Emeterio Villamil de Rada tomó la drástica decisión de arrojarse al Atlántico [ACOSTA, 1939 [1888], p. 46]. Tenía 73 años. En cuanto a Ballivián, el golpe de perder por segunda vez el resultado de décadas de trabajo, fue devastador; a sus 65 años, estaba perdiendo la vista “víctima de la gota serena”,⁵ en palabras de Gabriel René Moreno [COSTA DE LA TORRE, 1977, p. III]. El *Archivo Boliviano* se quedó en el primer tomo; Vicente Ballivián y Roxas se retiró de toda actividad y murió en 1891, en La Paz, ciego y decepcionado. En su lecho de muerte le pidió a Manuel Vicente: “háblame en inglés hijo mío, para olvidarme donde estoy” [FRONTAURA ARGANDOÑA, 1971, p. 54].

Sin embargo, Villamil y Ballivián impactaron en la organización de la vida intelectual boliviana de la posguerra, especialmente del círculo aymarista ensamblado en La Paz durante la década de 1880 por Gutiérrez, Acosta, Carlos Bravo (1849-1902) y el presbítero Isaac Escobari (1840-1889). Bravo estuvo ligado al auge de los estudios aymaras en Alemania, colaborando con Ernst Middendorf (1830-1908) para *Die Aimara-sprache* (1891), y organizando a la Sociedad de Aymaristas en 1894 a instancias de Max Uhle (1856-1944) [LOZA, 2017, p. 309]. Los aymaristas paceños estuvieron fascinados por la obra de Villamil: en su conferencia *Analogies philologiques de la langue aimara*, Escobari [1888] otorgó relevancia a sus hipótesis; en 1888, Acosta publicó *La Lengua de Adán*, con apuntes biográficos sobre Emeterio Villamil y un estudio introductorio que apoya su tesis. Aún en 1901, la Academia Aymara se planteaba como objetivo “averiguar el paradero o existencia de los manuscritos dejados por el malogrado filólogo don Emeterio Villamil Rada” [BRAVO, 1901, p. 3].

Vicente Ballivián fue menos recordado pero, aunque su vida intelectual fue desafortunada, transmitió su afición bibliográfica a su hijo. Los contactos políticos que tanto le habían perjudicado ayudaron a Manuel Vicente Ballivián tras la guerra; en 1893, el presidente Baptista le encargó explorar el norte amazónico [SILES GUEVARA, 1979, p. 8], donde problemas limítrofes con el Perú y el Brasil amenazaban con otra guerra, la del Acre. Manuel Vicente fue Prefecto del Beni y, desde 1896, Director de la Oficina Nacional de Estadística y Propaganda Geográfica y fundador del Museo de Historia Natural y Manufacturas, precursor del Museo Nacional [CRESPO, 1902, p. 227]. Desde esa posición reactivó la Sociedad Geográfica de La Paz, creada en 1889; consciente de los peligros del partidismo, supo incorporar como socios honorarios a figuras de todo el espectro político: conservadores como Severo Fernández o Baptista, liberales como José Manuel Pando o Eliodoro Villazón, e incluso a Casimiro Corral

5. Este nombre es el que designaba entonces al glaucoma, enfermedad del nervio óptico que causa gradualmente ceguera.

[COSTA ARDÚZ, 2005, p. 33-36]. Así, a pesar de sus conexiones con los conservadores, Ballivián mantuvo su posición ante los liberales tras la Guerra Federal, siendo Ministro de Agricultura y Colonización entre 1904 y 1908. La Sociedad Geográfica pronto incorporó intereses arqueológicos y etnológicos; fue la institución científica dominante hasta 1950 y de ella emergieron, en el ámbito arqueológico, Pedro Kramer (1869-99), Belisario Díaz Romero (1870-1940), Posnansky, Rigoberto Paredes (1870-1951) y José María Camacho (1865-1951). Ballivián presidió la Sociedad hasta su muerte, en 1921, y fue uno de los mayores intelectuales bolivianos.

6. CONCLUSIONES: VILLAMIL Y BALLIVIÁN EN PERSPECTIVA

El recorrido realizado sobre la vida, obra e impacto de Vicente Ballivián y Emeterio Villamil delata que respondieron a una tensión fundamental. Por un lado, fueron los hijos de familias adineradas, y por tanto mantuvieron contacto cercano con una Europa a la que admiraron como modelo de organización, modernidad y ‘civilización’, ideal para guiar los pasos de una joven república boliviana. Por otro lado, pertenecieron a esa generación que vivió joven el fervor patriótico de la independencia boliviana y sus primeros años convulsos, marcados por las pugnas limítrofes y las rivalidades con países vecinos, de donde es comprensible que ambos autores poseyeran cierto grado de chauvinismo.

Esta tensión entre la subalternidad y la neocolonialidad, por un lado, y el fervor patriótico por el otro, explican por qué ambos eruditos, formados en Europa en su juventud, nadaron a contra-corriente respecto a lo que la intelectualidad europea pensaba acerca del origen y pasado remoto de los pobladores de Tiwanaku, y por extensión de la América prehispánica. Ahí donde las tradiciones naturalista y filológica tendían a dar primacía al quechua sobre el aymara a nivel lingüístico, e incluso al Imperio Inca sobre Tiwanaku en términos étnico-arqueológicos, Ballivián y Villamil defendieron exactamente lo contrario. Dieron origen, así, a una tesis hiperautoctonista que reivindica al aymara y a Tiwanaku no sólo como anteriores a los Incas, sino como origen de las lenguas, la civilización y la humanidad. Ambos autores proponen la misma idea, ciertamente con diferentes tonos de escritura y en extensiones distintas: el texto de Ballivián es sistemático y escueto, planteando la idea a manera de sugerencia para un estudio futuro; el de Villamil es mucho más amplio, aunque se encuentra en un estado de borrador, pero realiza el análisis filológico y llega a conclusiones finales con la certeza de quien recibe una revelación.

Ambos autores son levemente diferentes en las posiciones que asumen para defender la tesis: Ballivián plantea una hipótesis contraria a la idea defendida por el naturalismo europeo sobre Tiwanaku y el aymara, pero sin apartarse de su postura de erudito y bibliógrafo que emplea documentos para intentar validar puntos de vista racionales; a pesar de conocer bien las discusiones monogenistas bíblicas de tiempos coloniales, no las aborda en absoluto, imitando en eso a otros autores de carácter ilustrado. Villamil, en cambio, revierte radicalmente la idea misma de la ciencia y opone a ella una mezcla de filología y convicción religiosa. Así, interesantemente, plantea un retorno a la explicación bíblica del Génesis, actualizada por el estudio filológico para tomar lugar en el espacio andino. Villamil no parece conocer o

considerar seriamente a los autores coloniales que defienden posturas creacionistas, a diferencia de Ballivián, pero paradójicamente alcanza una visión similar a la de ellos.

Por todos estos motivos, este texto plantea que la motivación principal para que ambos autores se alejaran de las narrativas encumbradas por la intelectualidad europea de su época está en su fervor patriótico. Ninguno de los dos muestra inclinación particular hacia la escritura ni hacia la filología hasta la década de 1860/70, cuando ambos habían pasado ya los cincuenta años. Como evidencia el recorrido biográfico, hasta entonces Ballivián había sido, ante todo, un acopiador de documentos y Villamil un empresario y político. La narrativa hiperautoctonista parece responder al surgimiento y auge de los estudios sobre la lengua quechua, especialmente de la mano de López y Markham, que lo postulan como antecedente del aymara, como lengua más antigua y civilizada, y/o como el vínculo con el tronco lingüístico indo-europeo. Para bolivianos fervorosos como Villamil y Ballivián, quienes probablemente asimilaban a los Incas con el Perú tanto como a Tiwanaku con Bolivia, la idea era inadmisibles y debía ser contrarrestada; cabe recordar que, durante sus primeros años de vida republicana, Bolivia tuvo sus principales fricciones políticas y pugnas con el Perú. A pesar de que nuestros dos protagonistas estuvieron ligados con ese país de muchas maneras a lo largo de sus vidas, eran ante todo bolivianos. De ahí que ambos buscasen, por primera vez en la historia boliviana, crear una narrativa que enlazara a un Tiwanaku aymara, de antigüedad exacerbada, primigenio, casi divino y por tanto venerable.

Es posible que este mecanismo estuviese pensado para equilibrar las relaciones de subalternidad de Bolivia frente a la desarrollada Europa, que debería reconocerse, no obstante, como originada en las montañas andinas. Sin embargo, es clave notar que el aymara y Tiwanaku eran fuentes de orgullo para los bolivianos, pero no necesariamente para los indígenas, quienes, por entonces, iletrados y sin derecho al voto, no eran considerados ciudadanos. El aymara era hablado fluidamente por las élites urbanas paceñas al punto de considerarlo propio; de modo similar, la idea de Tiwanaku como origen de toda la humanidad permitía a los bolivianos apropiarse del pasado prehispánico, sin necesidad de asignarlo específicamente a los indígenas.

Esta tesis hiperautoctonista constituye la primera narrativa boliviana sobre el pasado prehispánico: autores anteriores habían escrito solo notas escuetas dentro de obras dedicadas a la descripción de la actualidad, como el *Bosquejo Estadístico de Bolivia* [DALENCE, 1851] o a la historia independentista y republicana, como las *Memorias Histórico Políticas* [PAZOS KANKI, 1939 [1839]] o el *Ensayo sobre la Historia de Bolivia* [CORTÉS, 1981 [1861]]. Hoy la tesis hiperautoctonista es una curiosidad superada, criticable por sus sesgos modernistas y su tono de colonialismo interno, pero es una ventana importante hacia la intelectualidad boliviana del siglo XIX y el modo en que se plasmaba el pasado de la nación. Ambos autores tuvieron un impacto notable, más allá de su escasa fortuna en la carrera intelectual: al escrito incomprendido de Villamil se debe, en gran medida, el surgimiento del círculo aymarista; a la obra saboteada de Ballivián, el principio de la historiografía colonial y el emplazamiento del tiempo prehispánico como parte de la historia boliviana.

Las biografías de ambos hablan de las influencias familiares y políticas, muchas veces perjudiciales, sobre la actividad intelectual, pero también denotan que, a pesar de sus diferencias, presentaron tesis casi idénticas. Esto retrata bien a la sociedad que los produjo, donde las fricciones políticas no obedecían a diferencias de contenido, sino a juegos por el poder entre los bandos políticos de turno. Los programas de gobierno eran idénticos: el progreso hacia el ideal europeo y un chauvinismo proveniente de las guerras independentistas y los conflictos limítrofes conformaban un discurso político común. El éxito del hiperautoctonismo entre 1870 y 1900 puede deberse a que otorgó a Bolivia el orgullo de albergar la cuna de la humanidad, fuente de legitimidad en la guerra del Pacífico. En perspectiva, puede compararse esta narrativa con el autoctonismo racista emitido por Posnansky en tiempos de la guerra del Chaco (1932-1935).

Ante todo, la conclusión de este texto es que Villamil y Ballivián deben ser incorporados al bosquejo de una secuencia histórica para el pensamiento arqueológico boliviano. En dicho bosquejo el aloctonismo racista patente en *Tiabuanacu. Estudio de Prehistoria Americana* [DÍAZ ROMERO, 1906] representa al período liberal (1900-1930); el autoctonismo racista con textos como *Antropología y sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes* [POSNANSKY, 1937] domina en la pre- y posguerra del Chaco (1930-1950); la historia cultural del imperio Tiwanaku ejemplificada mejor por *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura* [PONCE SANGINÉS, 1972] es sintomática del nacionalismo revolucionario y las dictaduras (1950-1980); y la narrativa de desarrollos regionales construida por la arqueología universitaria acompaña a la Bolivia multicultural contemporánea, cuyo compendio mejor hasta ahora quizá sea *Arqueología de las tierras altas, tierras bajas y valles interandinos de Bolivia* [RIVERA CASANOVAS, 2008]. El hiperautoctonismo puede entenderse como la narrativa arqueológica propia de la segunda mitad del siglo XIX, construida entre el amor patrio y la admiración por Europa, forjada en medio de refriegas políticas, e influyente sobre una Bolivia en constante conflicto.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, Joseph de (2008). *Historia Natural y Moral de las Indias* [Fermín del Pino-Díaz, ed.] Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. [Transcripción del manuscrito de 1590].
- ACOSTA, Nicolás (1939). “Introducción”. En: Gustavo Adolfo Otero (ed.) *La Lengua de Adán y el Hombre de Tiaguanaco. Resumen de estas obras por Emeterio Villamil de Rada*. [Biblioteca Boliviana, 7. 2ª edición, 1888]. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, 16-46.
- ALBARRACÍN-JORDÁN, Juan (2007). *La formación del estado prehispánico en los Andes: origen y desarrollo de la sociedad segmentaria andina*. La Paz, Fundación Bartolomé de las Casas.
- ANÓNIMO (1880). *Los Convencionales de 1880*. La Paz, Tipografía Religiosa.
- ARANZÁES, Nicanor (1915). *Diccionario Histórico del Departamento de La Paz*. La Paz, Talleres Gráficos La Prensa.
- [ASAMBLEA NACIONAL CONSTITUYENTE] (1862). *Constitución de la República Boliviana sancionada en 1861*. La Paz, Imprenta de Vapor.
- BALLIVIÁN, Adolfo (1865). *Dos palabras al Partido Constitucional de Bolivia*. Valparaíso, Imprenta del Universo.

- BALLIVIÁN, Manuel Vicente (1902). "Reflexiones sobre el escrito de Sir Clements R. Markham". En: Manuel Vicente Ballivián (ed.) *Las posiciones geográficas de las tribus que formaban el imperio de los Incas, con un 'apéndice' sobre el nombre Aymara, por Clements R. Markham*. La Paz, Sociedad Geográfica de La Paz. [Traducción de la 1ª edición en inglés, 1871], 1-31.
- BALLIVIÁN, Vicente (1872). *Archivo Boliviano. Colección de documentos relativos a la historia de Bolivia, durante la época colonial, tomo I*. París, A. Frank / F. Vieweg.
- BETANZOS, Juan de (1968). *Suma y narración de los Incas*. Madrid, Ediciones Atlas [Biblioteca de Autores Españoles, 209]. [Transcripción de manuscrito de 1551].
- BRAVO, Carlos (1901). *Academia Aymara*. La Paz, Imprenta del Comercio.
- CABRERA, Ladislao (1862). *Juicio crítico para las próximas elecciones*. Paz, Imprenta de Vapor.
- CALANCHA, Antonio de (1638). *Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*. Barcelona, Pedro Lacavallería.
- CASTELNAU, Francis de (1939). "El pueblo de Tihuanacu". En: Gustavo Adolfo Otero (ed.) *Tihuanacu (Antología de los principales escritos de los cronistas coloniales, americanistas e historiadores bolivianos)*. [Biblioteca Boliviana, 2]. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas. [Traducción de la 1ª edición en francés, 1851], 55-66.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro de (1946). *La crónica del Perú, primera parte*. México, Editorial Nueva España. [Transcripción del manuscrito de 1553].
- COBO, Bernabé (1964). *Historia del Nuevo Mundo*. [Biblioteca de Autores Españoles, 91 y 92]. Madrid, Ediciones Atlas, [Transcripción del manuscrito de 1653].
- COLÀS, Pol (2021). "Auge y caída de José Ballivián en Bolivia (1841-1847). Construcción y derribo de la batalla de Ingavi como base legitimadora". *Anuario de Estudios Americanos*, 78(1), 257-290.
- CÓRDOVA, Jorge (1858). *Manifiesto y Programa del Presidente Constitucional de Bolivia a la Nación*. Arequipa, Imprenta de Francisco Ibañez y Herm.
- CORTÉS, Manuel José (1981) *Ensayo sobre la historia de Bolivia*. La Paz, Banco Central de Bolivia [2ª edición, 1861].
- COSTA ARDUZ, Rolando (2005). *Historia de la Sociedad Geográfica de La Paz*. La Paz, Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.
- COSTA DE LA TORRE, Arturo (1977). "Prólogo a la Segunda Edición". En: Arturo Costa de la Torre (ed.) *Archivo Boliviano. Colección de documentos relativos a la Historia de Bolivia*. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas [2ª edición, 1872], I-IX.
- CRESPO, Luis Severo (1902). *Monografía de la Ciudad de La Paz de Ayacucho, Tomo Primero*. La Paz, Taller Tipográfico y Litográfico Ayacucho.
- D'ORBIGNY, Alcide (1844). *Voyage dans l'Amérique méridionale, volumen 4*. Paris, Chez P. Bertrand, éditeur.
- DALENCE, José María (1851). *Bosquejo Estadístico de Bolivia*. Sucre, Imprenta de Sucre.
- DÍAZ ROMERO, Belisario (1906). *Tiahuanacu. Estudio de Prehistoria Americana*. La Paz, Imprenta Artística de Castillo y C.
- ESCOBARI, Isaac (1881). *Analogies philologiques de la langue aimara*. París, Imprimerie & Librairie de l'École Centrale.
- FRONTAURA ARGANDOÑA, Manuel (1971). *Descubridores y exploradores de Bolivia*. La Paz y Cochabamba, Los Amigos del Libro.
- GARCÍA, Gregorio (1729). *Origen de los Indios de el Nuevo Mundo e Indias Occidentales*. Madrid, Imprenta de Francisco Martínez. [2ª impresión, 1607].
- GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe (1993). *Nueva Coronica y Buen Gobierno, Tomos I y II* [Franklin Pease, ed.] Lima, Fondo de Cultura Económica. [Transcripción del manuscrito de 1615].

- HUMBOLDT, Alexander von (1810). *Vues des Cordilleres, et Monuments des Peuples Indigenes de l'Amérique*. Paris, F. Schoell.
- IRUROZQUI, Marta & PERALTA, Víctor (1998). "Ni letrados ni bárbaros. Las elecciones bajo el caudillismo militar en Bolivia, 1825-1880". *Secuencia*, 42, 147-176.
- KLEIN, Herbert (1982). *Historia de Bolivia*. La Paz, Juventud [3ª edición, 1981].
- LÓPEZ, Vicente Fidel (1866). "Estudios filológicos y etnológicos sobre los pueblos y los idiomas que habitaban en el Perú al tiempo de la Conquista". *Revista de Buenos Aires*, 9, 23-36.
- LOZA, Carmen Beatriz (2017). "Reseña a Villamil de Rada, Emeterio. La Lengua de Adán y El hombre de Tiahuanaco". *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 46(1), 307-310.
- MAESTRE SÁNCHEZ, Alfonso (2004). "Todas las gentes del mundo son hombres' El gran debate entre Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566) y Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573)". *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 21, 91-134.
- MARKHAM, Clements Robert (1864). *Contributions towards a Grammar and Dictionary of Quichua, the Language of the Yncas of Peru*. London, Trübner & Co.
- MARKHAM, Clements Robert (1902). *Las posiciones geográficas de las tribus que formaban el imperio de los Incas, con un 'apéndice' sobre el nombre Aymara*. La Paz, Sociedad Geográfica de La Paz, [Traducción de la 1ª edición en inglés, por M.V. Ballivián, 1871].
- MARTÍNEZ GRAMUGLIA, Pablo & ROSETTI, Mariana (2017). "Letrado americano, organizador cultural: algunas polémicas de Vicente Pazos Kanki como editor de periódicos rioplatenses (1811-1816)". *El Argonauta Español 14* [en red]. <https://journals.openedition.org/argonauta/2695#ftn1>. [consulta: 10/01/2022].
- MAS, José Ramón (1868). *Cuestión Cebollullo. Breve réplica*. Paz de Ayacucho, Imprenta del Pueblo.
- MÜCKE, Ulrich (2017). *The Diary of Heinrich Witt, volumen 4*. Leiden / Boston, Brill.
- OPORTO, Luis (2012). "José Rosendo Gutiérrez y Gabriel René Moreno: la guerra bibliográfica de 1875". *Fuentes*, 6(22), 61-63.
- OTERO, Gustavo Adolfo (1939). "Notas sobre Emeterio Villamil de Rada". En: Gustavo Adolfo Otero (ed.) *La Lengua de Adán y el Hombre de Tiaguanaco. Resumen de estas obras por Emeterio Villamil de Rada*. [Biblioteca Boliviana, 7]. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas, 2-15.
- PAZOS KANKI, Vicente (1939). *Memorias Histórico-Políticas*. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas [2ª edición, 1839].
- PENTLAND, Joseph Barclay (1975). *Informe sobre Bolivia*. [Colección de la Cultura Boliviana, 13]. Potosí, Editoriql Potosí. [Transcripción del manuscrito de 1826].
- [PLAZA DE SUCRE] (1843). *Causa sobre tentativa de sedición y de asesinato a S.E. el presidente de la República, seguida contra los reos Andrés Santa-Cruz, Ildefonso Villamil, José Peña, Claudio Rada, Inocencio Peñaranda y el sastre Roberto Davis*. [Manuscrito]. La Paz. Biblioteca Central de la UMSA.
- PODGORNY, Irina (2010). "Coleccionistas de arena. La Comisión Médico-Quirúrgica Italiana en el altiplano boliviano (1875-1877)". *Antípoda*, 11, 165-188.
- PONCE SANGINÉS, Carlos (1972). *Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura; ensayo de síntesis arqueológica*. La Paz, Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.
- PONCE SANGINÉS, Carlos (2001). *El templete Semisubterráneo de Tiwanaku*. La Paz, Empresa Editora Urquizo S.A., [6ª edición, 1963].
- POSNANSKY, Arthur (1922). *Bosquejo Biográfico de don Manuel Vicente Ballivián*. La Paz, Sociedad Geográfica de La Paz.

- POSNANSKY, Arthur (1937). *Antropología y sociología de las razas interandinas y de las regiones adyacentes*. La Paz, Instituto "Tihuanacu" de Antropología, Etnografía, y Prehistoria.
- PRESCOTT, William Hickling (1851). *Historia de la Conquista del Perú*. Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig [2ª edición, 1847].
- PROTZEN, Jean-Pierre & NAIR, Stella (2016). *Las Piedras de Tiawanaco*. Lima, Fondo Editorial PUCP.
- RACINE, Karen (2015). "The Childhood Shows the Man': Latin American Children in Great Britain, 1790-1830". *The Americas*, 72(2), 279-308.
- REYES ORTIZ, Félix (1872). *Historia de cuatro días*. La Paz, Imprenta de la Unión Americana.
- RIVERA CASANOVAS, Claudia (ed.) (2008). *Arqueología de las tierras altas, tierras bajas y valles interandinos de Bolivia. Memoria del I Congreso de Arqueología de Bolivia*. La Paz, IIAA-UMSA /PIEB/ASDI-SAREC.
- RIVERO, Mariano Eduardo & VON TSCHUDI, Johann (1851). *Antigüedades Peruanas*. Viena, Imprenta Imperial de la Corte y del Estado.
- RIVERO, Rolando (2012). *Los Ballivián en Bolivia*. Austin [Texas], Genealogías Bolivianas.
- RIVET, Paul (1922). "Manuel Vicente Ballivián". *Journal de la Societé des Américanistes*, 14-15, 279-280.
- ROEL, Juan (1832). *Defensa de D. Ildelfonso Villamil, ciudadano de Bolivia, con motivo de la persecución que ha sufrido en Lima, dada a luz por uno de sus amigos*. Lima, Imprenta de José M. Masias.
- ROMERO, Salvador (2014). "La visión histórica de Cortés". *Temas Sociales*, 34, 37-46.
- SILES GUEVARA, Juan (1979). *Perfil de la vida y obra de Manuel Vicente Ballivián, un científico boliviano*. La Paz, Fundación Manuel Vicente Ballivián.
- SOTOMAYOR, Ismael (1953). "Emeterio Villamil de Rada, El 'Hombre de las Américas". *Kollasuyo*, 70, 103-120.
- VILLAMIL, Emeterio (1858). *Juicio de la Revolución Linares*. Arequipa, Imprenta de F. Ibáñez y Hnos.
- VILLAMIL, Emeterio (1876). *De la Primitividad americana* [Miguel Suárez Arana. ed.] Cochabamba, Imprenta de Gutiérrez.
- VILLAMIL, Emeterio (1939). *La Lengua de Adán y el Hombre de Tiaguanaco. Resumen de estas obras por Emeterio Villamil de Rada*. [Biblioteca Boliviana, 7]. Prólogo y notas de Gustavo Adolfo Otero & Nicolás Acosta] [2ª edición, 1888]. La Paz, Ministerio de Educación, Bellas Artes y Asuntos Indígenas.
- VILLAMIL, Romualdo (1859). *Romualdo Villamil ante el juicio de la opinión pública*. La Paz, Imprenta Paceña.